

EDUARDO MALLEA: COHERENCIA DE UNA VOCACION

Con *La vida blanca*, publicada en 1960 y con el primer tomo de *Las Travestías* (1961), Eduardo Mallea encamina su labor de escritor hacia dos formas de expresión que parecen las más adecuadas con su particular fisonomía espiritual y con su concepción de la literatura.

El primero señala el punto culminante de una serie de libros en que las reflexiones, angustias, perplejidades e insatisfacciones del autor se ordenan hacia una búsqueda y definición de nuestro ser nacional, confrontado con una imagen que ha ido clarificándose como concreción de sus aspiraciones.

Esa preocupación fundamental data de muy lejos: se inicia con su *Conocimiento y expresión de la Argentina* (1935) y alcanza con la *Historia de una pasión argentina* (1937) una etapa decisiva en que el tema adquiere forma y solidez.

Mallea, escritor agonista, se esfuerza en descubrir el cúmulo de virtudes ocultas que la Argentina tiene en potencia: gracias a ellas, saldrá de su actual inercia y renunciará a su mera apariencia para llegar a transformarse en lo que debe ser. Ese proceso espiritual ha de efectuarse primero en cada uno de los individuos de la comunidad: el hombre argentino tiene que descartar todo cuanto sea conformismo y deberá tocar fondo en su propia pureza; quedarán atrás su egoísmo, su vanidad, su soberbia y su énfasis; así logrará vencer "la resistencia del mie-

do a suprimirse del todo para volver a nacer en una recreación de sí mismo”.

En su *Meditación en la costa* (1939), indica el verdadero camino a la Argentina informe y vacía para que pueda transformarse en ejemplo frente a la “deformación civil” de Europa; y en 1941, en el prólogo de *El sayal y la púrpura* considera Mallea que el país es como un “pájaro adormilado” que necesita sacudir sus alas para levantar vuelo, es decir, entrar a la acción. No basta con poseer valores potenciales: hay que desarrollarlos. Esto requiere de cada cual “una atención sin par, una atención que comience por una reflexión activa, humana, operante”. En el ensayo *Para un destino*, dentro del mismo libro, como salvación para el momento crítico porque atraviesa la cultura europea, aconseja volver los ojos a América:

“el caudal de ansias y los poderes de sensibilidad que en nuestro subsuelo aguardan son cimientos tan densos y tan extensos como para ser capaces de contener un capítulo nuevo de actitudes en el muestrario general de la historia” (1).

Múltiples condiciones tiene la Argentina para esa misión continental, condiciones que no pueden desarrollarse por una terrible incapacidad nacional:

“No existe gente nacional de país alguno donde el sentido de unidad esté menos hecho carne. Hemos dormitado esa negligencia. Por eso el primer deber ha de consistir en la reconquista de la unidad original, en la vuelta a la gran porción central de sentimiento argentino” (2).

En *La vida blanca*, se aguja la “preocupación y ansiedad” por el destino argentino. Lo escribió en 1942, al comprobar que nuestro país se hallaba amenazado como nunca de “adulteración” que podía llegar hasta su “auténtico fondo”. Ante la

(1) MALLEA, Eduardo, *El sayal y la púrpura*, Buenos Aires, Losada, 1947, 2ª edic., pág. 196.

(2) MALLEA, Eduardo, *El sayal y la púrpura*, op. cit. pág. 201.

confusión del momento, el autor aplazó su aparición en la esperanza de que las condiciones cambiaran y pudieran rectificar su análisis. Dieciocho años más tarde, aunque muchas cosas pasaron, al ver que había resultado defraudado, decide dar a conocer esas reflexiones que, por cierto, anticipan los motivos de la crisis "social, moral y política" que algunos argentinos declaran, con razón, a su alrededor.

No es un libro de historia ni de política éste, nos dice Mallea; lo que importa es, precisamente, "lo intemporal, no lo temporal, con respecto a nuestro país". El camino para la investigación será, en primer término, nuestra historia, desplegada de modo muy personal para ver si en algún episodio está el punto de partida de nuestros males; no está allí, porque todo su curso es digno, discreto y decoroso. En segundo lugar, otra vía que corre paralela a lo histórico se abre al análisis: la expresión artística, limitada a la literatura. Tampoco en ella está el origen de nuestras anomalías, porque sigue una línea ascensional hasta Lugones que:

"jalona al hacerlo evidente en la realidad, el divorcio nacional del país gobernante con el verdadero espíritu de la nación" (3).

Después, priva lo político, entendido como gobierno, sobre todo otro interés. El hombre representativo olvida que los elementos en los cuales debe descansar una política nacional para alcanzar su "máxima trascendencia" son los que componen la cultura, que es según Max Scheler: "la estratificación natural en el ser de esencias desinteresadas que, arraigando a gran profundidad en la tierra madre, den de sí una eflorescencia universal" (4).

Alterado el sentido de nuestra cultura, que había comenzado con un "querer hacer", caímos en una constante voluntad de "no hacer" y de "merecer sin hacer", en cuanto a nuestra

(3) MALLEA, Eduardo, *La vida blanca*, Buenos Aires, Sur, 1960, pág. 55.

(4) MALLEA, Eduardo, *La vida blanca*, op. cit., pág. 59.

nacionalidad. La consecuencia fue la pérdida total de fuerza dinámica, el conformismo general y el adormecimiento colectivo de las facultades de creación, de rebeldía o de justicia.

Pese a todo, Mallea afirma que lo “sustantivo” del país de donde se derivan sus manifestaciones de relación, su política y su economía, todavía está sano, “sujeto tal vez sólo a un trastorno funcional provocado por la inserción de una moral en otra, de una moral intrusa y disolvente en una moral sana” (5).

La consigna es, pues, recomenzar. La Argentina debe retornar a sí misma, a su yo verdadero, que está en el espíritu de nuestra tierra.

Profundamente tradicionalista, Mallea reacciona contra los aspectos vitales nuestros que en vez de seguir el rumbo de lo “cualitativamente criollo” se han desviado hacia los “más gra-tuitos y monstruosos caprichos”.

Es menester, entonces, “el pronto acceso de este pueblo a un estado de resolución”, que afecte todo el cuerpo nacional, y no sólo a una de sus partes; esta necesidad urgente de acción se funda en los deberes que tiene la Argentina con el continente americano y con sus grandes posibilidades.

El país está adormecido: según Mallea, nada es comparable con el “psicológico yacer colectivo”. Recuerda un juicio de Ganivet en el cual el escritor español afirma que la sociedad es una resultante de las fuerzas de sus individuos; de acuerdo a como éstos se organicen, podrán producir una acción intensa o débil o bien neutralizarse por oposición; pero siempre la obra total participará del carácter de los que concurran a crearla. De modo que si en nuestra comunidad está ausente el espíritu de resolución, la voluntad y el esfuerzo creador, su cuerpo social caerá irremediamente.

Nuestra vida actual, por estar disminuidas las notas que le dan su tono, es una “vida blanca”, que Mallea define como un:

(5) MALLEA, Eduardo, *La vida blanca*, op. cit., pág. 71.

“irse desviviendo por las puntas, puestas las puntas a tocar fines que no resultan, a la postre, fines, sino sólo medios aguzados. Sordina y palidez de relaciones. Afán de parecido, pasividad, tibieza, beatería; afán de parecido ordenando a reglas medianas, rara vez a las más altas, pues es más cómodo, a qué decirlo obtener con moderación que pretender con problematización. *Servum pecus* —valga la expresión grata de Horacio— livianos seguidores de todo prejuicio, de toda moderación. Docilidad, indiferencia; monotonía” (6).

El plan que teníamos los argentinos era hacer un país grande; pero en “extensión y en profundidad”. Sólo en parte se ha cumplido ese programa; la material, y aún ésta, en formas incompletas desde el punto de vista técnico; porque la profunda, la de los miembros fundamentales, está acostada, dice Mallea, y sólo irguiéndose ella resurgirá el país.

“Somos una nacional necesidad de traer nuestro fondo a la vida. A esto le llamo necesidad de resolución y al amor de quererlo: una filosofía de la resolución. Si tenemos fondo, y hasta qué punto lo tenemos, a nosotros nos incumbe demostrarlo. A todos nos incumbe ese amor, ese estudio y esa revelación; a unos con la aptitud de la inteligencia, a otros con la aptitud de la mano, a otros con la aptitud del corazón, pero haciendo de ellas aptitudes explícitas, sin tabidez o demora en el ser” (7).

La tarea, entonces, deberá entenderse como obra apasionadamente humana y nacional, desde el punto de vista metódico, como puede plantearse a un intelectual, en toda su amplitud y universalidad.

Ese conocimiento nos llevará, además, a comprender claramente las obligaciones del escritor en el tiempo que vivimos. El imperativo es salir del “ensimismamiento creador” y tener en el mundo “una participación creadora”, y eso implica “responsabilidad y sacrificio” (8).

(6) MALLEA, Eduardo, *La vida blanca*, op. cit., p. 113.

(7) MALLEA, Eduardo, *La vida blanca*, op. cit., pág. 171.

(8) MALLEA, Eduardo, *El sayal y la púrpura*, op. cit., págs. 21 y 25.

“La tarea —tarea compleja— de repensar al hombre frente a sus nuevos dramas sea, principalísimamente, labor de escritores, obra de preocupación, tanto como de ocupación, y estética tanto como política, económica y ética” (9).

“Pienso que el sacrificio de nosotros mismos realizado por la palabra escrita es el deber más considerable que tenemos los hombres de letras para con la comunidad, el sacrificio de modos de vida menos crueles que la creación, larga de nacer y corta de morir” (10).

La única vocación que el escritor puede permitirse —dice enfáticamente— es “una vocación de humanidad”; de la compleja tarea del escritor de este tiempo señala como más sobresaliente el haber sustituido la “delectación estética” por un “vasto verbo testimonial”. Este testimonio entraña una sentencia profética, de ahí su propia trascendencia, de donde se deducen las conexiones que ese verbo necesita tener con el “universo trascendental y común” (11).

El defecto de la literatura de hoy, según Mallea, es que tiende a reflejar fragmentariamente al hombre, pasando por alto la coexistencia en él de dos inmensos opuestos: “materia y absoluto, instantaneidad y eternidad”:

“Es necesario devolver la literatura segmentaria a sus necesidades finales, lo que equivale a devolverla a ser representativa del hombre entero, que no se reconstituye de un fragmento como ciertos anélidos, que no nace más que de su imagen completa” (12).

Entre los fines de la literatura contemporánea uno hay inquestionable: debe reflejar, no la realidad de su tiempo sino lo que:

(9) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, Buenos Aires, Emecé, 1954, pág. 20.

(10) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 28.

(11) MALLEA, Eduardo, *El sayal y la púrpura*, op. cit., pág. 55 y 56.

(12) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 20.

“está en su tiempo sin ser visto, o lo que su tiempo reclama por conductos tácitos que sólo por la creación producida se hacen (y a veces sólo a largo plazo) explícitos (13).

La literatura actual tiene que promover, anunciar:

“Una literatura llamada a perdurar es generalmente profética; en raros casos apologética; menos aún de propaganda.

Cuando la literatura no es de anunciación, de suscitación, se vuelve mostrenca, subordinada, subalterna” (14).

Mallea, escritor dramáticamente humano, considera que: “a un novelista no puede acaecerle nada peor que no creer bastante en los hombres” (15).

Por eso, cuando recorre la historia de la novela, reclama para la actual que tenga en cuenta que como el hombre está en un mundo que lo amenaza, por reacción aspira a ampliarse, a integrarse, a extenderse, buscando todo lo que lo conforte y lo fortifique contra las asechanzas que debe vencer; el fin de la nueva novela es:

“mostrar hoy al hombre lo que es un hombre, esto es, una unidad indeleble, inescamoteable, abismática, inequívoca, personal, consistente; la nueva novela enseña al hombre el respeto del hombre por el hombre” (16).

Del convencimiento que tiene Mallea de la función que a cada uno de los argentinos corresponde frente al país, deriva su propósito, como intelectual y como escritor, de imponer a su obra la mayor dificultad.

“En mis libros nada vale excepto, creo, una índole de aspiración, en el sujeto y en el objeto, aspiración que yo distin-

(13) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 23.

(14) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., págs. 23 y 24.

(15) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 115.

(16) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 138.

guiría, espiritualmente, como una voluntad individual y común de ser más en lo que se refiere a empresa y proyecto del hombre argentino" (17).

Efectivamente, Mallea ha buscado por sucesivas exclusiones de lo que considera exterior o superficial una actitud reflexiva en torno a temas del presente y del futuro de su patria, integrada en lo universal. Su forma preferida es la enunciación, que se salva de lo dogmático porque está impregnada de honda sinceridad, y esa sinceridad permite a su pensamiento reafirmarse en coherente y poderosa unidad, a tal punto que sus reflexiones se vierten no sólo en el cauce de sus ensayos, sino también en sus novelas, mezcladas un poco a disgusto con la ficción y limitadas por las leyes propias del género. Así por ejemplo en *La bahía del silencio*, el personaje central, Martín Tregua, escribe "las cuarenta noches de Juan Argentino", mientras vive siempre inspirado por el recuerdo de "Usted", maravillosa mujer, que es el símbolo de la patria. Y en *Las águilas* y *La torre*, en el ambiente que rodea a sus protagonistas Román y Roberto Ricarte, se cumple un proceso que va desde lo mediocre de una sociedad aristocratizada superficialmente, hasta el logro de la verdadera aristocracia que nace del fondo de lo argentino.

En el primer tomo de *Las travesías* Mallea puede dar curso libre a su pensamiento proporcionándonos significativas meditaciones. Su vocación invencible a la reflexión variada y versátil se exhibe nuevamente en temas relacionados con el arte, la literatura o la filosofía, pero más especialmente vuelve sus ojos sobre antiguas perplejidades: el hombre de nuestro tiempo, la propia obra literaria que se ve con nuevas experiencias, la situación del escritor en la sociedad, ahora iluminada con los recuerdos de su breve actividad de funcionario del servicio exterior. De todo eso y de sus valiosas impresiones sobre

(17) MALLEA, Eduardo, *Notas de un novelista*, op. cit., pág. 27.

la India, sale enriquecido el escritor, con nuevos matices y nuevos estímulos para pensar. No renuncia Mallea a ninguna de sus viejas esperanzas, las confirma con perspectiva más amplia.

Celebremos esta forma de diario intelectual —la de los *Ensayos* de Montaigne—; de itinerario a través del espíritu, donde se revela el lector devoto de las *Aproximations* de Charles Du Bos; era lo que ya se entreveía en las *Notas de un novelista*, en particular en “El diario de *Los enemigos del alma*”

MARTA BARALIS

Talcahuano 981, 17º, D, Buenos Aires

